



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DEUANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11848

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 6 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico en un letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta rue Cassanin 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

NUESTRA OPINIÓN

Nuestro colega «El Mediterráneo», viene publicando unos artículos de un su colaborador, relativos al establecimiento penal.

¿Perjuica el penal? Este es el título de los artículos citados, en los cuales pretende demostrar su autor que el presidio no perjudica los intereses de la plaza.

Respetando las opiniones del articulista y declarando de antemano que no pretendemos entrar en polémica, daremos la nuestra, que es la sostenida en estas columnas a raíz del gran meeting celebrado en el coliseo de la plaza del Rey hace bastantes años para pedir la traslación del penal.

Ahora, como entonces, somos contrarios á que ese establecimiento siga en Cartagena. Lo abohan dos razones, moral la una y material la otra.

La primera se funda en la influencia de ese centro de corrección sobre cierta gente; en la atracción que ejerce sobre la misma, pues así como la Universidad, extiende su influencia sobre la población, en que difunde sus conocimientos, el presidio la extiende también sobre el pueblo en que está establecido.

Las relaciones entre la penitenciaría y la ciudad son origen de males. De cada diez penados, hay uno, por lo menos, que arrastra á una familia, que aquí vive miserablemente, dedicadas al servicio doméstico ó ocupada en faenas más humildes las mujeres y á cojer colillas ó aprovechar descuidos los muchachos.

Sobre este punto pudiera informar brillantemente la policía, pues entre los datos que guardara para tenerlos presentes en momento oportuno, habra muchos que aborran nuestra opinión.

La razón, segunda de las dos

apuntadas, ó sea la material, es la que informó el meeting aludido. Prohose entonces por los mismos industriales que el establecimiento penal les perjudicaba hasta el punto de ser imposible toda competencia. Como que los talleres del presidio no contribuyen á las cargas del Estado ni el jornal que se paga al obrero que vive en clausura es igual, sino mucho menor que el del obrero que vive en libertad.

Lo que puede haber ocurrido de entonces ahora es que el industrial haya buscado un modus vivendi para defenderse de la competencia y en vez de hacer en su propio taller el trabajo lo encargará al penal.

Pero en tal caso resultarán perjudicados los obreros; es decir, en tal caso y en todos los casos, pues es indudable que los cuatrocientos penados que trabajan en los distintos talleres del presidio, quitan la ocupación á cuatrocientos obreros de la población; dándose el caso de que mientras aquel que delinquirá pereciendo la expulsión, transitoria de la sociedad, encuentra campo á sus actividades, el otro honrado que huera en la ocupación de sus brazos el por sí mismo no lo encuentra por ninguna parte.

En las obras municipales hemos presenciado con frecuencia el hecho de solicitar trabajo de peón hombres que han pasado la vida labrando las maderas y metales. Y en tanto que esos hombres veíanse forzados á tomar lo que había, los usurpaban el trabajo de su profesión los trabajadores del penal.

Si perjudica ese establecimiento; perjudica mucho. Lo proclaman á voces centenares de padres de familia y lo condena la razón, para la cual resulta una verdadera injusticia que el hombre castigado se convierta en castigador del hombre virtuoso.

Que el presidiario arrebathe el pan á quien no delinquirá es cosa que no se nos alcanza.

Por eso decimos ahora, como dijimos antes, y como diremos siempre, que el penal perjudica á Cartagena.

TIJERETAZOS

Leemos: «Hemos recibido un extenso comunicado, que nos lo garantiza un número considerable de vecinos, lamentándose del completo abandono, en que viven y se mueren en Suiza respecto de asistencia médica.»

El periódico de donde tomamos la noticia, que es el «Diario de Murcia», dice que algunos enfermos han tenido asistencia, porque sus familias llevaron un médico de esta ciudad.

Compadecemos á los sucurios, porque tiene demostrado la experiencia que no hay remedio para su mal.

Ellos seguirán muriéndose sin luz, sin auxilio y sin médico, queriendo si quieren. Y á quien no le parezca bien que emigre de Suiza.

La verdad es que hay cosas que lloran el corazón de hid.

Cuando es tan fácil remediarlo todo, haciéndolo con ese médico y con los que lo limitan, lo que ha hecho Deltán con el embajador turco.

Darle los pasaportes.

En Jaén se proyecta celebrar una Exposición Minera.

El primero que debe instalarse es la exposición de la minería por el señor Urzaiz.

Sin asistencia del Sindicato y sin los auxilios del concierto minero.

También quedarían en este asunto unos pasaportes bien escritos.

Dice un corresponsal de Zarauz:

«Los embajadores y ministros plenipotenciarios que veranean aquí, han presentado por la vía diplomática una reclamación contra la Compañía del ferrocarril de San Sebastián á Elgoibar y Bilbao, por los abusos y deficiencias que origina la desorganización de los servicios, de los cuales resulta víctima el público.»

Por desgracia éste no se compone de embajadores y ministros y no puede entrar por esa vía, sino por otra donde nadie lo hace caso.

Crueldad de los boxers

M. Pierre Loti, que se encuentra actualmente en Pekín, explica los horrores á que se entregaron los boxers.

«El cerredo que servía desde tiempo antiguo á depositar los cadáveres de los miembros de las legaciones europeas fallecidos, sufrió las mismas injurias que el cementerio de los jesuitas; fueron devastadas todas las tumbas, destruidos los cadáveres y hasta violados los féretros de tiernas infantes. Algunos restos humanos, algún trozo de cráneo, alguna mandíbula, yacen aún por tierra, junto con las cruces derribadas. Es una de las más repugnantes devastaciones que se hayan presentado ante mi vista á la luz del sol de una mañana radiante.»

Cerca de allí residían unas buenas Hermanas que tenían un colegio de niñas chinas. De su habitación no queda más que un montón de informes ruinas y cenizas, hasta arrastraron los árboles de su jardín y por boca los volaron á plantar invertidos, es decir, con las raíces al aire.

«Ved ahí poco más ó menos su historia.»

«Se encontraban solas una noche, cuando un millar de boxers se presentaron bajo sus muros rullando gritos de muerte y haciendo volar los pozos; entonces se dirigieron á la capilla y se pusieron á rezar, esperando el martirio. Mientras tanto se abalanzaron los rumores, y al amanecer estaban desocupados los alrededores; pudieron dirigirse á Pekín y refugiarse en el recinto del obispado, llevando con ellas al asustado sobaco de sus piernas flecopulas. Cuando las preguntaron á los boxers respecto á aquel suceso: «¿Cómo es que no entrasteis á matarlas?» «Es porque vimos los muros del convento llenarse de cabezas de soldados y de cañones de fusiles.» No debieron la vida más que á aquella alucinación de los torturadores.

«Los pozos de sus devastados jardines llenan hoy los alrededores de un apuesto olor á cadáver. Erán tres grandes pozos como cisternas y que daban una agua tan pura, que de lejos enviaban á buscarla para el servicio de las legaciones. Los boxers los cegaron hasta la boca con los cuerpos mutilados de los niños de las escuelas de los Hermanos y de las familias cristianas de las cercanías. Inmediatamente aedieron los perros en gran número á comer tan horrible manjar que llegaba hasta el nivel del suelo; pero había demasiado y mucha

de aquella carne por ahogado allí, con la sequedad y con el frío, mostrando á las solitas estigmas del suplicio. Aquí un hueso con cortes, como los que hacen los parricidas encima de la tumba de los panes antes de ponerlos en el horno; allí una mano sin uñas... Se diría que aquellos cadáveres catalan cubiertos de sudor, en la helada blanca que no se derriba, en los otros otros llenos de gombros. Sin embargo, el sol, el implacable y claro sol, detalla con su brillante luz las magruras, los huesos salidos fuera de las carnes, azoruga el horror de las bocas abiertas, la rigidez de las actitudes de angustia y las convulsiones de la agonia.»

LAS TORMENTAS Y LOS NERVIOS

Hace tiempo se habló de un curioso medio imaginado por Tommasini para prever la aproximación de las tormentas desde larga distancia.

Tommasini se sirve para ello del receptor de un telegrafo sin hilos que registra las descargas tempestuosas.

Poniendo en el oído el auricular de un simple teléfono, se oyen los ruidos característicos de la tormenta, ruidos cuya intensidad depende de la fuerza de las descargas.

Este sistema de telegrafía sin hilos ejerce á miles de kilómetros de distancia sobre las personas nerviosas.

Esto lo dudaban los médicos; pero se ha conseguido comprobarlo de una manera perfectamente exacta. Tanto es así, que hoy es un axioma que dichas personas sienten los efectos atmosféricos mucho antes de que los aparatos lo auzchen.

En la Academia de Ciencias de París se ha presentado estos días una Memoria de M. Larroque dando cuenta de los estudios que ha hecho para comprobar si las ondas hertzianas son las que sirven para propagar á distancias enormes, y siguiendo las atmósferas alta y mediana, las perturbaciones atmosféricas y para provocar los estados nerviosos en personas muy sensibles á ellos.

Para hacer su comprobación ha ideado un sistema elemental de telegrafía sin hilos. Al efecto, construyó un receptor receptor, compuesto de un platillo horizontal

un efecto de perspectiva, formando la doble columna sobre la cual se asentaba el siglo naciente. Las genealogías posteriores á «Los Mártires» y á «Corina», consideramos á los dos autores como dos glorias inseparables.

Si verdaderamente existan grandes diferencias en su manera artística, no es menos cierto que en el fondo hay gran semejanza entre ambos autores. Los dos aman la libertad; á los dos motifica una misma tiranía; los dos son capaces de sentir la grandeza de los destinos populares sin abjurar de sus simpatías aristocráticas; los dos trabajan por el predominio del sentimiento religioso, aunque bajo aspectos muy diferentes. Al mismo Chateaubriand es á quien Mad. de Staël dijo estas hermosas palabras: «Soy siempre la misma: amo á Dios, á mi padre y á la libertad.» En política, como en filosofía, posición de distinto modo. En las «Consideraciones sobre la Revolución francesa», no es nombrado tampoco Chateaubriand. Este, por su parte, en un fragmento publicado por «El Conservador» en el debate de los respetos de Mad. de Staël, por el momento, como un mismo concepto de la revolución, dice: «Mad. de Staël, Mad. de Staël, que por sus consideraciones había cometido á Chateaubriand en sus días de Suiza (1801), que en 1804 publicó sus «Consideraciones sobre la Revolución francesa», que en 1805 publicó sus «Consideraciones sobre la Revolución francesa».

ros juicios, y la barreta que los separaba rodó deshecha por el suelo.

Estas piadosas alianzas de los genios rivales honran á nuestro siglo. Goethe y Schiller, Scott y Byron, Chateaubriand y Mad. de Staël... Voltaire insultó á Juan Jacobo... la humanidad los reconcilia... Racine y Molière no simpatizaban; vedlos hoy juntos. Hay en todo esto una grandeza poética indefinible...

Se olvidó en Mad. de Staël, después de la publicación del libro de «La Literatura», una inspiración noble y sencilla, una disposición de espíritu que comenzó en el año 1811, es que se refirió en su «Salvo Pádua». Consideraba antes la literatura como un arte de la sensibilidad, como una expresión de sentimiento. Se desapebaba, se quería de ser

bre el divorcio, Benjamin Constant ha escrito que quizás en las páginas que Mad. de Staël consagra á su padre es donde mejor puede verse su espíritu; pero es según el libro que se lee «Corina», dice Mad. de Staël de Saussure—es el ideal de Mad. de Staël. «Delina» es la representación de su juventud. «Delina» para Mad. de Staël, es una personificación de sus años de puro sentimiento y de ternura, en el momento mismo en que, desligándose del pasado, le envía un su premo adiós y entra en el templo de la gloria.

En «Delina», el autor ha querido hacer una novela, muy natural, de análisis, de observación moral y de pasión. Por mi parte, aunque me parezca enojoso, res todas sus páginas, creo que la novela no es tan «natural», tan real, como Mad. de Staël, en su «Ensayo sobre los floques». Se observan algunos de los defectos de «La Negra, Elijas», y la forma de contar se presta mucho á los convencionalismos literarios.

Uno de los inconvenientes de la forma utilizada en las páginas de «Delina» es que el autor, por personajes escriben sus cartas respectivas, demasiado de acuerdo, en el carácter que se les atribuye. Desde la primera carta de Mad. de Staël, se observa un carácter de «Delina» y uno de la rigidez de una doctora. Leogio, es un personaje que, en su carácter, se refiere sobre el honor, que es su rasgo distintivo. Toda la